

Montevideo, Ciudad de Turismo

MONTEVIDEO, que durante muchos años dilapidó en la indiferencia el tesoro de su belleza, el encanto de sus condiciones naturales que el trabajo del hombre negábase a poner en valor, ha empezado en estos últimos quince años a tratar de sacar un mejor partido de los dones con que la naturaleza la ha favorecido. Desde entonces, bajo el título "Montevideo, ciudad de turismo" se ha concretado un deseo, una aspiración de vida futura para la ciudad y una preocupación febril por darle a ésta los recursos y los aspectos materiales que habrían de facilitarle el camino para esa aspiración tan sintéticamente expresada: "Montevideo, ciudad de turismo".

¿Es lógica esa aspiración? Lo es, por cuanto dadas las condiciones de su clima y la situación de sus playas, Montevideo se indica como un lugar de veraneo ideal no sólo para los habitantes del interior del país, sino también para los de Buenos Aires y del Sur del Brasil; pero, además de esas condiciones, es necesario que una ciudad que pretende fijar a su población por un espacio largo de tiempo, una masa grande de forasteros ofrezca a estos el halago de una vida placentera y fácil, el solaz de una ciudad limpia y hermosa, la tranquilidad de la acogida simpática y la seguridad que se siente en el propio hogar. ¿Habríamos conseguido todo esto?

El Municipio, con excelente buena voluntad, ha realizado obra que ha mejorado en mucho a la ciudad y ha puesto en valor algunas de sus bellezas naturales. Las ramblas costaneras han procurado un amplio acceso a las playas y un paseo para la población; las mismas playas, servidas por avenidas directas tienen hoy un rendimiento desconocido hace pocos años. La ciudad ha ido cambiando poco a poco su pavimento, sustituyendo el antiguo de cuña por el pavimento liso de asfalto u hormigón, y en esta mejora, lo único que hay que lamentar es que las dos avenidas de acceso a la ciudad, 8 de Octubre y General Flores se vean privadas de él. El arbolado, que en muchas calles es hermoso, y el pavimento liso, han bastado para dar una fisonomía más urbana a muchas calles de Montevideo, todo ello en beneficio de la estética edilicia. Los parques municipales han sido también objeto de singular cuidado y son el orgullo de Montevideo. Por último, los hoteles y casinos municipales constituyen también un valioso aporte en la obra de mejoramiento de Montevideo como ciudad destinada a atraer al turista: hoteles de primer orden, capacitados para ofrecer todo el confort moderno

en materia de habitación y que al mismo tiempo ejercen una prudente influencia que impide los lúxos excesivos a sus similares, circunstancia que muchas veces llevan al fracaso los esfuerzos para crear esas corrientes de turismo que llegan a ser la riqueza de muchas regiones.

A este esfuerzo por el mejoramiento material de la ciudad, la actividad privada no ha respondido sino en forma limitada. A ella se debe, sin embargo, la creación de un barrio nuevo, como Pocitos, que sorprende agradablemente por lo pintoresco y por la impresión de bienestar que allí se respira. Es, indudablemente, un barrio de residencia, de reposo, tranquilo y bien ubicado en la cercanía de la playa, interesante por su misma arquitectura, variada, movida y policroma donde si bien no faltan los adeseos, se nota ya la influencia reguladora e inteligente del arquitecto. Algunas de sus calles, por ejemplo Ellauri, tienen un sello propio de distinción, con sus arbolados frondosos y sus pintorescas desviaciones que originan perspectivas cambiantes de un atractivo singular; pero lo cierto es que sólo ese barrio ha llevado la mayor parte de lo que han construido los particulares en Montevideo.

Por otras partes, en cambio, hay un estancamiento; y debe ser así ya que lógicamente la ciudad debe tender a desarrollarse hacia aquellos sitios condicionados a las nuevas exigencias de la vida y que puestos en valor por la labor edilicia, ocasionan un desequilibrio brusco en el desarrollo progresivo.

Al lado de esto, poco hay que poner; quedan problemas graves que resolver que se relacionan no ya con la faz de la comodidad o el aspecto agradable que Montevideo debe ofrecer al turista sino a su simple condición de ciudad. El problema del tráfico, el de su futuro desarrollo, su urbanización, etc., son cada día más complicados y afectan, en realidad, toda su economía.

Pero esa preocupación por la mejora material de la ciudad no basta. Es necesario, también, mejorar otros aspectos. Cualquiera que haya viajado por países extraños sabe bien la importancia que le da el turista a la fisonomía social del país que visita. Poco importa, muchas veces, la carencia de grandes obras que sean para el turista un atractivo; este se encuentra en el vivir amable que ofrece al hombre una sociedad culta y simpática. Muchos lugares de Francia, de Italia, de España u otros países europeos, sin personalidad propia, sin características dignas de atraer la atención del viajero, sin patente de gran

ARQUITECTURA

ciudad, ofrecen sin embargo a éste motivos de una vida de solaz. La alegría de vivir la comunica entonces la simpatía afectuosa del indígena, su culta tolerancia con las costumbres ajenas y su "savoir faire" producto de la educación del medio. El turista se siente bien allí porque nada le choca.

Indudablemente, son muchos los años que, en lenta corriente, han pasado sobre esas sociedades, dándoles una fibra homogénea, modelando los caracteres, limando asperezas y depurando de su fondo de rudeza y desconfianza atávicas el espíritu humano. Las instituciones que encuadran ese estado social ofrecen idéntico espectáculo de respeto y cultura.

Nosotros no podemos decir otro tanto. Será una verdad amarga pero es una verdad que no

hay porque callar. En general, sabemos recibir bien al forastero y hacerle la residencia agradable; pero por otra parte mantenemos ciertas cosas que desgraciadamente acusan una despreocupación que puede torcer el juicio ageno sobre nuestros valores.

Bien está dedicar grandes sumas de dinero para hacer de esta ciudad una ciudad cada vez mejor; bien está la preocupación del mejoramiento de todo aquello que sirva para atraer al turista y procurarle agradable estada; pero no hay que olvidar que paralelamente a esta conquista de los valores materiales edilicios debe irse también operando la evolución integral hacia un estado que sea para todos la más completa expresión de nuestro progreso.

